

Síntesis de la novelística neogranadina y colombiana

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Cuando se empieza a hojear y ojear los textos usuales de literatura nacional, —los *Panoramas* de Bayona Posada, las páginas de Otero Muñoz, las de Juan de Dios Arias, los *Conspectos* del P. Núñez Segura— que relatan la sucesiva aparición de obras y autores en la diversidad de sus géneros y formas, encontramos como avanzada o descubierta las crónicas, relaciones, memorias, apuntamientos, semillas y embriones de la historia: cómo se efectuó el descubrimiento, cómo se desarrolló la conquista, cómo se lograron la ocupación y el sometimiento de estas tierras y sus aborígenes moradores a pertenencia y dominio del imperio español. Hacen su aparición los grandes cronistas de Indias, todos ellos en páginas de prosa, con la salvedad de don Juan de Castellanos en sus monumentales *Elegías*; obras en todas las cuales están recogidos los hechos, las realizaciones y realidades, como si dijéramos: las gentes con sus cosas, las cosas con sus gentes. Nada cabía en ellas distinto de lo que se veía, se oía, se olía, se saboreaba, se palpaba. Allí no cabía, ni tenía por qué mezclarse nada que fuera figurado, imaginario, inventado: para que lo escrito fuera o llegara a ser un día *historia*, es decir: relación verídica, verdadera, de hechos, detalle de los acontecimientos, descripción de los sucesos, con sus personajes y sus exactas circunstancias.

Pero las gentes de todo tiempo y lugar jamás se han contentado con saber solamente lo que ha pasado o sucedido, sino que quieren gozar igualmente con el capricho de pensar y figurarse lo que hubiera ocurrido si las cosas y los hechos hubiesen ocurrido, no como acontecieron, sino en tal o cual otra forma; si en vez de ser las gentes tales como se muestran cuando hacían aquellas cosas, hubieran actuado o dejado de actuar pensando, sintiendo, gozando o sufriendo de maneras distintas. Viene entonces la invención de personajes, la figuración, la creación mental de situaciones, procederes, ambientes que dan vida, cuerpo y alma, es decir, caracterizaciones que imitan la vida misma en sus aspectos y procederes, mediante el lenguaje y las expresiones adecuadas al tiempo, al lugar, a las circunstancias y condiciones en que se colocan tales personajes. En esta forma y

en ese entonces es cuando y como nace la literatura de imaginación, contrapuesta a la literatura de realidad propiamente dicha: y aparecen los cuadros de costumbres, los cuentos, las novelas.

Ahora, volvamos al fojeo y ojeo de la historia de nuestra literatura.

Resulta que al paso que las crónicas e historias empiezan a salir a luz desde el punto y hora de nuestra aparición geográfica, y ponen la base de nuestra riqueza en materia de letras a lo largo del período de la conquista y de la vida colonial, en cambio los productos literarios de imaginación no comienzan a asomar sino ya bien avanzados los días de la existencia republicana, dueños y señores ya de una soberana voluntad de pueblo libre. Cualquiera diría, en vista de ello y haciendo un chiste flojo, que la república resultó mucho más novelera de lo que pudo ser a su especial manera la vida colonial. Cosa curiosa para decir lo menos.

¿Cómo explicar ese curiosísimo fenómeno de falta de novelas en la vida más o menos cultural o intelectual del Nuevo Reino de Granada y en la de su sucedánea la república neogranadina? Empecemos por advertir exculpatoriamente que la falta o falla en ese punto no fue cosa de los entonces neogranadinos, fuesen *de castilla* o *de la tierra*, como con tan gráfica y geográfica nobleza diferenciaban nuestros abuelos, telas, ropas, jabones y aun plantas vegetales, según que vinieran de ultramar o que aquí no más se produjeran (bayetas de castilla, jabón de la tierra). No: esa falla fue común a toda Hispanoamérica hasta bien corrida ya la segunda década del siglo XIX, cuando la *Novela* dio sus primeros pasos indoamericanos. Y los dio precisamente en toda la mitad geográfica del Nuevo Mundo, en México, con la obra del mexicano Joaquín Fernández Lizardi. *El periquillo sarniento*, publicada en 1816, novela de picaresca, por el estilo y a imagen y semejanza de las que tres siglos atrás ya habían dado la tónica del género, en la maravillosa, la sin rival en las letras universales picaresca española.

Aunque los investigadores, los ensayistas y demás brujos de la sociología, la historiografía y la crítica señalan como causas o explicaciones de esa falla las restricciones, prohibiciones y condenaciones que respecto de las novelas imponían, difundían y proferían ambas potestades —la eclesiástica y la imperial— por una parte; y por otra la inundación que de contrabando recibía la Colonia en punto a *novelas de caballería* y demás “vana profanidad” —como rezaban las bulas, decretos reales y demás documentos preventivos— tal vez la verdadera razón, la clara explicación humana se encuentra al considerar que aquellas historias de viajes y descubrimientos, aquellas crónicas misionales y de catequizaciones, aquellas recopilaciones, relaciones expedicionarias y exploraciones, con diario batallar en busca de oro y oro y más oro y tesoros y *eldorados*, todo eso, así fuera solo manuscrito, pasando de mano en mano hasta deshacerse o perderse entre ellas, todo eso entusiasmaba, embelesaba y arrebatava tanto como podían hacerlo las mejores novelas de los cuatro ciclos entregados por el siglo XIV a los siguientes, el bretón, el carolingio, el greco-asiático y el independiente; ninguno de estos mamotretos de aventura y caballería, con todos sus grandes héroes, cruzados, o bribones, más o menos legendarios, lograban superar a las historias o crónicas que recibían palpitante

vida con similares protagonistas de carne y hueso, pululando por selvas y montes sin caminos del Nuevo Mundo. Acá en la tierra virginal, misteriosa, tremenda, de valles abismales, de ríos monstruosos, de vorágines andinas, la vida sedienta de hazañas, de poderío, de fortuna sobre todo, era ya de por sí sola una epopeya verdadera, cuasi increíble, superior a todo cuanto pudiera inventar la más encendida imaginación en la tranquilidad de las horas, sobre centenas de cuartillas de papel.

Podemos, pues, decir o por lo menos barruntar, que si en ese período de marcha hacia la civilización y el progreso no hubo quien escribiera novelas, era porque las de entonces no eran novelas escritas sino vividas. Los autores de ellas eran al mismo tiempo sus propios héroes y protagonistas. Un Gonzalo Jiménez de Quesada, un Rodrigo de Bastidas, un Alonso de Ojeda, un Sebastián de Belalcázar, un Vasco Núñez de Balboa, un Pedro de Heredia, un Nicolás de Federman, un Gonzalo Suárez Rondón, un Jorge Robledo, un Pedro de Añasco, un Juan de Ampudia son otros tantos Amadises, Palmerines, Olivantes, Lanzarotes, Felixmartes, Galaores, Caballeros Cifar y de la Verde Espada; tal vez con menos mantos, yelmos y corazas, opulencias, virtudes y relumbros de los que les vistiera y atribuyera el fantasismo febril, la mentalidad creadora insaciable de la raza ibérica, pero en cambio, estos nuestros sí de cuerpo y alma, carne y huesos, miseria y grandeza que aquellos otros no tuvieron sino en la fantasía de sus inventores. En una palabra sobre este punto de partida y de vista: no hubo novelas escritas porque aquellos que hubieran podido escribirlas estaban atareados en vivirlas o viéndolas vivir y recogiénolas y describiéndolas paso a paso, gesto a gesto, trance a trance. O en extremo término, porque con esas novelas vividas soberbia y abnegadamente, espléndidas u oscuras, edificantes o sombrías, con esplendor o con miseria, se hicieron las *recopilaciones* y *noticias* generales, historiales, naturales, resolutorias y demás de las Indias, obra y vidas del Licenciado Fundador, de Fernández de Oviedo, del Beneficiado de Tunja, de Cieza de León y del insigne trío de los frailes Aguado, Simón y Zamora, y de nuestro muy magnífico e ilustrísimo Fernández de Piedrahita, para solo nombrar la espuma y flor de los primitivos próceres de nuestras letras.

Como confirmación de lo dicho en lo precedente hay el hecho claro de que los primeros frutos, las primicias de nuestra novelística tiene un marcado tono, un inconfundible sabor, color y calor histórico romántico. Nuestro máximo ensayista sobre esta vasta y atractiva materia de estudio crítico —Antonio Curcio Altamar, desaparecido hace ya algunos años, con irreparable pérdida para el humanismo y la filología colombianos— nos dejó una espléndida obra *Evolución de la Novela en Colombia* en la que plantea, desarrolla y demuestra como cuestión incontestable, “que el romanticismo, en toda su enorme complejidad, penetró intensamente dentro de las realidades culturales de Hispanoamérica y, en nuestro caso concreto y particular, en las de Nueva Granada”. Este rápido esquema no es más que un resumen del estudio de Curcio Altamar en los capítulos VI a XIII donde examina los ocho grupos en que distribuye la producción novelística neogranadina y colombiana, de sus orígenes hasta mediado el siglo en curso.

El primer novelista sacado a flor de estudio por los buzos de la investigación literaria es don Juan José Nieto, autor de tres novelitas: dos de material histórico —historias de moros en la España de Felipe III—, la una, titulada *Los Moriscos*; la otra, historia en torno a los *calamaríes* y su famoso cacique Calamar —religión, costumbres, etc. en épocas de 1533 a 37—; y una tercera, titulada *Rosina* o *El castillo de Chagres* de carácter autobiográfico, pues el argumento gira en torno a una prisión política que el autor sufrió en ese lugar de Panamá. Don Juan José Nieto era cartagenero y vivió entre 1804 y 1866. Estas modestísimas obritas del señor Nieto, mas o menos servil imitación de los novelones románticos europeos muy anteriores, quedan en el nivel de nuestras arqueológicas del romanticismo literario a comienzos del ochocientos.

La plana así iniciada la enmienda notablemente el ilustre diplomático, estadista, general y mandatario de la república, y con superiores calidades a todo eso, clásico periodista don Felipe Pérez, productor de novelas históricas de mucho mejor técnica y más valioso contenido, pero infortunadamente con argumentos no de historia granadina sino incaico peruana, como lo enuncian los simples títulos: *Huaina Capac*, *Atahualpa*, *Los Pizarros*, *Jilma* (nombre indígena, contra todo lo que pudiera estar creyéndose), novelas producidas entre 1856 y 58. Solo una pequeña novela escribió don Felipe, de escenario y con protagonistas indígenas nuestros, titulada *Los gigantes*, publicada en 1875; pero tan desacertada la pobre en su aspecto histórico crítico y por las exageraciones político sentimentales de una hispanofobia tan cómica y lamentable, que no vale la pena detenerse en ella. En cambio no puede menos de celebrársele a don Felipe sus dos mejores novelas *Carlota Corday* y *El caballero Rauzan* con todo y su temática exótica, europea, muy a lo Alejandro Dumas, con un historicismo romántico en rama, en pepa y en flor.

Volviendo a centrarse en lo genuino, racial y raizal, en ambiente, escenario y personajes, nos encontramos con dos novelas interesantes: *Anacoana*, de Temístocles Avella, cuyo protagonista es Alonso de Ojeda, y *El último rey de los muisca*, de Jesús Silvestre Rozo, aparecidas en 1865 y 66 respectivamente. De igual o parecido argumento romántico sentimental, indígena, les siguen *Koralia*, de José Joaquín Borda; y de Emilio Antonio Escobar: *Aurelia* y *La novia del Zipa*, aparecidas entre 1871 y 1882. Escritas en el presente siglo, las novelas *José Tombé*, de Diego Castrillón, y *Yajángela* de Alfredo Martínez Orozco cierran el grupo de la temática indígena, precolombiano en esta, contemporáneo en aquella, y las dos de excelente factura que les mereció una afirmativa ponderación crítica dentro y fuera del país.

Con los títulos y autores hasta aquí alineados queda más o menos representada la novelística de los temas precolombianos, descubrimiento y conquista. Cumple ahora buscar en la novela o sus ensayos las primicias de algo que constituya sustancial y formalmente un avance hacia la jerarquía de la novela, a saber, el factor o ingrediente renovador, específico y caracterizante del *costumbrismo* entendiéndolo como la presentación literaria, artística, de las maneras, hábitos, temperamentos, criterios etc., en que se hace sensible un sistema de vida individual, familiar, social, ciu-

dadana, regional o nacional, pero de naturaleza genuina y totalmente propia, sin mezcla de lo foráneo y extraño a los medios en que esa vida se desarrolla. Costumbrismo literario, especialidad de las letras neogranadinas, evocaciones, añoranzas, recuerdos de la placidez pintoresca y un mucho pacata en que vivía el conglomerado social constituido, de un lado, por los blancos *reinosos* —hidalgos, hijosdalgos, hidalguillos, hidalgüelos, reminiscencias españolas— y a su frente, o debajo, o a los lados, los criollos, los mestizos, los indios, los negros, con toda esa abigarrada matización y variedad laberíntica en que los etnólogos nos hablan de zambos, mulatos, cambujos, alvarazados, tente-en-el-aire, torna-atrás, no-te-entiendo y decenas más que un mordaz ingenio payanés agrupó bajo el título rusiñolesco de *Los pájaros de barro*. Pues bien: aquel conglomerado social era —lo anota Curcio Altamar— una sociedad en que no había lo que hoy es tan nombrada y actuante *clase media*: solo había nobles y plebeyos. Como representativas de ese tipo de novelas de reconstrucción costumbrista pueden tomarse los ejemplos de mayor calidad.

El costumbrismo colonial empieza su desfile de rostros, estampas y escenas con la novela de don José Antonio Plaza titulada *El oidor, Romance del siglo XVI*, cuyo protagonista es exactamente el mismo del capítulo XII del cronicón de don Juan Rodríguez Freile, *El Carnero*. Tal protagonista es el tristemente famoso oidor Andrés Cortés de Mesa cuya siniestra figura, vida y obra de asesino suministró, igualmente, un argumento dramático a don Juan Francisco Ortiz, a don Germán Gutiérrez de Piñeros y a don Eladio Vergara, tres notables escritores contemporáneos del novelista de *El oidor*.

A la jerarquía criolla de este tipo de costumbrismo de modelos europeos (Walter Scott y los franceses) ascienden famosamente dos novelas de don José Caicedo Rojas: *Don Alvaro, Cuadros históricos y novelescos del siglo XVI*, y *La bruja*; la primera es una serie de estampas de la Santafé recién fundada; la segunda es también oro nativo extraído de los inagotables filones de *El Carnero*, esta vez del capítulo IX, relabrado con sumo primor. Caicedo Rojas, tan alabado por don Marco Fidel Suárez (Sueños de Luciano Pulgar, Sueño del tifo intelectual, tomo XII —Biblioteca de Autores Colombianos—), además de costumbrista y novelista de los más timbrados, fue delicadísimo poeta, muy de la línea de José Eusebio Caro y de Pombo, tan vigoroso y fecundo como Mesonero Romano, el español con quien se le hombrera crítica y estéticamente. Es una de las personalidades proceras de nuestras letras en el pasado siglo.

Novela de mayor envergadura sociológica que las de Caicedo Rojas es *El alférez real* de Eustaquio Palacios, crónica del Cali del siglo XVIII, que alcanzó ámbitos europeos en centros de estudios hispanoamericanos. Como novela histórica de reconstrucción, la novela de Palacios puede colocarse a la cabeza del grupo de las de su tipo.

Para completar el panorama histórico, romántico del costumbrismo novelizado —primero de los ocho grupos en que Curcio distribuye el volumen y las modalidades de la novelística neogranadina y colombiana— el citado autor menciona muchas otras novelas de argumento colombiano, o más propiamente granadino, pero de autores no nacionales, aparecidas

unas en el siglo pasado, otras en lo que va del actual: tres escritas en alemán, y dos en francés; novelas estas que en rigor crítico nada tienen que ver, es obvio, en la ojeada que se da sobre la novela colombiana, porque en la literatura de cualquier país lo básico y caracterizante es el idioma, y como secundario en orden de importancia, el tema nacional histórico, político, social, costumbrista etc., y finalmente la circunstancia de ser nacional el autor. Soledad Acosta de Samper, Felipe Pérez, José Caicedo Rojas produjeron obras con temas foráneos. *Los hidalgos de Zamora*, *Carlota Corday* y la pieza dramática *Miguel de Cervantes* (desgraciadamente perdida): estas son obras colombianas. En cambio no lo son por razón de su autor, las que con temas o argumentos locales, característicos de nuestra vida o historia, escribieron literatos extranjeros que tuvieron oportunidades de presencia o por referencias, investigaciones, estudios, contactos por fuera del país, para interesarse en dichos temas; por ejemplo, Gertrudis Gómez de Avellaneda, cubana, José Antonio Irisarri, guatemalteco, Valery Larbaud, francés, y algunos otros.

El segundo grupo lo integra Curcio con las novelas del post-romanticismo; lo apadrinan desde Francia los Dumas y Eugenio Sue, y cronológicamente lo encabeza la novela de Eladio Vergara y Vergara *El mundo o Secretos de Bogotá* (1827-1830), seguida muy de cerca en calidades y temática por *Misterios de la vida*, de Mercedes Gómez Victoria y por *Sombras y misterios* o *Los embozados*, de Bernardino Torres Torrente, relatos de sucesos truculentos en la vida capitalina en los mediados del siglo XIX. Ceñidamente contemporáneas de estas son *El doctor Temis*, de José María Gaitán y *El sereno de Bogotá*, de Ignacio Neira Acevedo, todas ellas de intrigas, misterios y enmascarados. Como novela agudamente satírica señala Curcio Altamar la curiosamente titulada *Viene por mí y carga con usted*, de Raimundo Bernal Orjuela, “con un embrollo felizmente ejecutado, de amenísima lectura, entreverada con gracejos maliciosos e irreverentes, en donde se ridiculizan los dimes y diretes de las beatas o gazmoñas santafereñas y la afectación religiosa en general”. ¡Imposible un más eficaz certificado de atractivo!

Carolina la bella, de Juan Francisco Ortiz, estrena la forma epistolar en la novela colombiana; y un fallido ensayo de novela psicológica fue el de Eustacio Santamaría en *Las confidencias del cura de mi pueblo*.

Y hace su aparición la mejor novelista colombiana del siglo pasado, Soledad Acosta de Samper, con una larga lista de títulos, y en casi todas campeando el propósito de “presentar cuadros de la historia de América, bajo el punto de vista legendario y novelesco, sin faltar por eso a la verdad de los hechos en todo aquello que se relaciona con la historia”; fue su modelo Pérez Galdós. Su obra tiene, por tanto, gran mérito documental. Sobresalen en esas crónicas novelescas o noveladas *Un hidalgo conquistador* (Alonso de Ojeda), *Los piratas de Cartagena*, *La insurrección de los comuneros*; y en otra tónica, de menor historicidad, *Dolores* y *Teresa la limeña*. La más extensa de sus novelas, *Aventuras de un español entre los indios de las Antillas*, narra la conquista y colonización de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Muy del trance de doña Soledad es la cita

que Curcio trae de Ortega y Gasset: "No se deja al lector soñar tranquilo la novela, ni pensar rigurosamente la historia", que viene a explicar un demasiado injusto olvido de la obra de doña Soledad.

En la línea post-romántica costumbrista formaron séquito a la señora Acosta de Samper numerosas congéneres entre las que merecen mención Mercedes Gómez y Mercedes Hurtado, Pomiana Camacho de Figueredo, Herminia Gómez de Abadía, Josefa Acevedo de Gómez, Evangelina Correa de Rincón Soler y Waldina Dávila de Ponce; sus producciones pecaban de melifluas, puestas casi todas en un ambiente y estilo ñoños, y con fuerte olor a *La dama de las camelias*, es el veredicto de nuestro conductor.

La novela poemática —tercero de los grupos en la clasificación de Curcio está total y únicamente apersonada por Jorge Isaacs en *María*: a obra y autor se concreta el examen crítico de sus valores en el capítulo VIII de su nunca suficientemente ponderada *Evolución de la novela en Colombia*. Y a fe que le sobró y sigue sobrando cualquiera otra ejemplarización. Porque *María* es constelación de un solo astro en nuestro firmamento romántico sentimental, y nuestro no solo en las letras colombianas sino en las hispanoamericanas. Reacción contra las truculencias de la imitación francesa; innovación al hacer del paisaje un protagonista tan actuante como los propios personajes humanos de su argumento, redimiéndolo de un mero lugareñismo costumbrista, y elevando a la jerarquía de páginas inmortales, por virtud de un mágico estilo literario, el ensueño que parecía ser propiedad exclusiva del poema.

La novela costumbrista —cuarto grupo— tiene como abanderados y blasones de sumo cartel, en el orden y grado de novela, superando los del simple cuadro de costumbres —especialmente de la casa colombiana— a José María Vergara y Vergara con *Olivos y aceitunos* y a José María Samper con cinco títulos que constituyen altos títulos del subgénero: *Martín Flórez*, *Un drama íntimo*, *Florencio Conde*, *Los claveles de Julia* y *El poeta soldado*, todas y cada una saturadas del discurrir político social de aquellos años entrantes a la segunda mitad del siglo pasado. A ellas hay que agregar *Historia de un alma* que por primera vez en el tiempo, es algo así como insinuación y pregusto de aquellas. La novelita de Vergara y Vergara da testimonio de técnica y maestría a cabalidad así en la trama como en el estilo.

Acompañan y superan en merecimiento novelístico a Vergara y a Samper, don Eugenio Díaz con *Manuela*, y Luis Segundo Silvestre con *Tránsito*, las cuales entran victoriosas en la genuina corriente del costumbrismo óptimamente novelado sin perder un punto de exacto realismo. Una y otra de estas magníficas obras recibieron la crítica consagratoria de don Juan Valera y de don Julio Cejador. Integran la obra novelística de Eugenio Díaz *El rejo de enlazar* y *Los pescadores del Funza* revivificencia de la tragedia indígena; y la de Silvestre *El alojado* y *Un par de pichones*, con muy menor categoría novelística que *Tránsito*.

Bien nombrada dentro de este grupo figura *La maldición*, de Manuel María Madieto, crónica de supersticiones y leyendas en torno al Bajo

Magdalena momposino. Curcio, costeño de todo el coco, le encomia especialmente a esta novela la fiel reproducción del lenguaje de los bogas y pobladores de la comarca nativa.

Una inmensa cantidad de autores y de títulos, muchos de ellos meritorios por demás, no hallaron sitio en el recuento en marcha: pero no puede menos de destacarse en esa galería, los nombres de José David Guarrín, Medardo Rivas y Angel Cuervo; del primero *Las tres semanas*; del segundo *Dick*, con escenario en París; del tercero *Jamás y En la soledad*, páginas estas explicablemente saturadas del ambiente parisiense, pues que allí vivió los postreros años de su vida, el hermano don Rufino José, el egregio filólogo del lenguaje castellano.

Las novelas de don José Manuel Marroquín encabezan la representación ejemplar del realismo novelístico, quinto de los grupos estudiados por Curcio Altamar. Este realismo, con raíces de romanticismo y savia de costumbrismo floreció y fructificó en la expresión realista de *Blas Gil*, *Entre primos*, *El moro* y *Amores y leyes*, cuatro obras en que, por encima del carácter y el temperamento melancólico, casi sombrío, del castellano de *Yerbabuena*, retozan un optimismo y un ingenio vivos “saturados de una filosofía profundamente humana, animosa y, por sabia, desilusionada”. *Blas Gil* y *El moro* son, además, una realización de picaresca en su mejor estilo, preludio de la realidad que el género alcanzó en Tomás Carrasquilla, creador de un paradójico regionalismo hispanoamericano de la novela colombiana.

Largo, minucioso, hondo y alto es el escarmeno que Curcio Altamar hace de la obra completa de Tomás Carrasquilla como novelista, sin dejar atrás o de lado sus cuentos. Su obra específica y concretamente de tal está representada en siete títulos y cubre un lapso exacto de cuarenta años: *Frutos de mi tierra* (1896), *Luterito* (1899), *Salve Regina* (1903), *Entrañas del niño* (1906), *Grandeza* (1910), *Ligia Cruz* (1920), *El Zarco* (1922), *La Marquesa de Yolombó* (1926) y *Hace tiempos* (1935-6). Curcio Altamar señala en la penúltima “la obra maestra de Carrasquilla, dentro de su técnica realista”.

Como novela realista, *Mercedes*, de Marco Antonio Jaramillo, fue alabada por el propio Carrasquilla, hallándole calidades que le ameritaban, en su concepto, un segundo lugar después de *María*, lo que en el de Curcio resulta un elogio excesivo.

La plana mayor de este grupo se completa con tres de Samuel Velásquez *Madre*, *Al pie del Ruiz* e *Hija*, producidas entre 1897 y 1904; tres de Francisco de Paula Rendón *Inocencia*, *Sol* y *Lenguas y corazones*, cortas las dos últimas; *Rara avis*, de Lucrecio Vélez con el seudónimo de Gaspar Chaverra, y *Kundry* de Gabriel Latorre. Las de estos dos últimos anuncian las auroras del modernismo. De todo lo cual se hace evidente que el realismo asumió, en la novelística colombiana, una categoría integrada por el regionalismo antioqueño, tomándolo en un meritísimo concepto crítico literario.

El grupo sexto está constituido por la novela modernista, reacción universalista contra el localismo regional o episódico. Lo representa pri-

mordialmente José Asunción Silva con *De sobremesa*, y le siguen José María Rivas Groot con *Resurrección* y *El triunfo de la vida*; la en sus días y durante largo tiempo controvertidísima *Pax* de Lorenzo Marroquín; las de Alfonso Castro, *Abismos sociales*, *Hija espiritual*, *Los humildes*, *Clínica y espíritu*, *El señor doctor*, la penúltima de las cuales es estimada como la mejor; la de Clímaco Soto Borda *Diana la cazadora*, flor y nata del humorismo en plenitud de arte; las de Emilio Cuervo Márquez, *Lilí*, *La ráfaga*, *La selva oscura* y la óptima *Phinéés*, con un argumento de los tiempos de Cristo, en la cual exalta —como Guillermo Valencia en sus más grandiosos poemas— la victoria del cristianismo sobre las persecuciones del paganismo cesáreo. Esta novela recibió la crítica consagratoria de Antonio Gómez Restrepo y de Javier Arango Ferrer en muy altos términos; Curcio, por su parte, la estima como arquetipo en el grupo, debiendo, por ello, ocupar sitio de prestigio en la historia de nuestra novela.

Daniel Bayona Posada y Pedro Gómez Corena, en colaboración bajo el seudónimo de Rodrigo de Rahavanez, produjeron *Caprichos*, *Contrastes* y *Pasiones*; Julio Albarracín, *Castidad...?*, justicieramente puesta en solfa por Arango Ferrer; Abraham López Penha, *Camila Sánchez*, de intención y tónica burlescas; Antonio R. Espino, *Insondable*, penetrada de ambiente extranjero.

Sentimentales y poemáticas al estilo de *María*, Curcio registra como de esencia modernista: *Marbella* de Octavio Valencia; *En el cerezal*, de Daniel Samper Ortega; *Julia*, de Juan Esteban Caicedo; *Rosas de Francia* de Alfonso Mejía Robledo, y *Tierra Nativa*, de Isaías Gamboa. Otras novelas de Samper Ortega, *Zoraya* y *La obsesión*, califican muy más alto sus capacidades narrativas y de imaginación. Con preocupaciones culturales de su época, Jorge Escobar Uribe produjo *La herencia de la sangre* y *Fuego y tinieblas*.

En este capítulo las cinco páginas finales Curcio las endilga a José María Vargas Vila el novelista panfletario que produjo cerca de una treintena de libros en que ponzoñosamente envileció todas las formas de vida superior, con el odio, la blasfemia y un frenético y extravagante hedonismo, bajo el disfraz de un arte lírico innegable pero que en breve empalaga y fastidia a una mentalidad y sensibilidad estéticas por el verbalismo convulsivo de su fantasía. Afortunadamente, su herencia literaria no parece recogida por novelista alguno nacional, anota consoladoramente el autor que nos guía.

El grupo séptimo corresponde a la novela terrígena: exaltación de todo lo propio y exclusión de todo extranjerismo, literatura de toda nuestra verdad aborígen y solo ella; calidad y actividad creadoras que tienen como lábaro, bandera y coeficiente insuperable, *La vorágine*, del poeta José Eustacio Rivera, novela que “no obstante sus lagunas y altibajos, su fervor lírico-épico y su intercepción temática —concluye Curcio— es indudablemente la primera grande expresión de la naturaleza típicamente americana”.

Miradas las cosas desde los actuales momentos, el capítulo sobre la novela contemporánea, claramente se advierte que resulta mejor bautizado

con el de la novela post-modernista para el octavo y último grupo en la clasificación de Curcio. Este grupo suma y compendia todas las herencias, todas las corrientes, todos los intereses culturales asomados en los siete grupos precedentes; pero exhibe también frecuentes preocupaciones extraliterarias, la angustia social, la miseria familiar, la injusticia, la lucha de clases, el capitalismo, el proletariado, las depravaciones y relajamientos, —así en lo individual como en lo colectivo—, lo patológico y lo económico; con extremismos marcados particularmente en producciones de categoría intelectual muy mediana, unas veces por lo discutible, otras por lo simplemente ramplón, y para colmo, con un común denominador de tremendismo literario.

Con innegables caracteres de equilibrio en el análisis psicológico y de penetración crítica, y ataviadas por la belleza dominadora de la expresión, pertenecen a este grupo, novelas como *Gloria Etzel* y *La tragedia de Nisle*, de Luis López de Mesa; *Ayer, nada más...*, de Antonio Alvarez Lleras; las controvertidas *David, hijo de Palestina*, *La novela de los tres* y *Dinero para los peces*, de José Restrepo Jaramillo; libros estos últimos contra los cuales la crítica se ensañó, tachándolos de que “no reflejaban ningún semblante nacional y de que estaban poblados por gentes de la estepa rusa”.

Mención especial dentro del grupo merece la novela psicoanalítica cuyas primicias colombianas se dieron con *Eugenia la pelotari*, de Félix Henao Toro, y *El inocente*, de Dionisio Arango Vélez.

Títulos y autores de nombradía pertenecientes a este renglón, deben citarse a: Gregorio Sánchez Gómez con *Vida de un muerto*, y —discípulos de Wilde y de Proust— a Vicente Noguera Corredor con *Infierno azul*; Manuel Briceño con *La nube errante*; Jaime Ardina Casamitjana con *Babel*; José Antonio Lizarazo con un buen lote de excelentes novelas entre las que se destaca *El criminal*; las dos de César Uribe Piedrahita, *Toá* y *Mancha de aceite*, tenebrosa antología de todo lo maldito que albergan las entrañas acechantes de las selvas y las aún más abismales maniguas de la codicia, la lujuria, la crueldad, la brutalidad humanas. *Del Orinoco a Bogotá*, de Elisio Medina, pondera la obra misional católica.

Dentro del lote con que Curcio va enrumbando hacia el final de su obra, —parejamente crítica y cronológica— se destaca por sustanciales méritos de calidad, fuerza humana, vigor estructural, audacia de realidades y realismos, nervadura y atavío de estilo, novismo existencial en suma, la novela en que Eduardo Zalamea dejó cimentado con firme y alto brillo, su nombre de escritor, prosista, adalid de ideas e ideales estéticos: *Cuatro años a bordo de mí mismo*, título que al punto suscita el recuerdo de un verso de León de Greiff, para formar, acoplados, un dístico de integración perfecta:

Cuatro años a bordo de mí mismo (Zalamea).

Y en mi nao fantasma único a bordo (De Greiff).

Cuatro páginas consagra Curcio a esta novela para ponderarle su “descriptivismo escrupuloso e indagador, empañado siempre en iluminar aspectos oscurecidos o desdeñados de la literatura nacional” y que empal-

ma con lo mejor de nuestras tradiciones, pero objetivado en el sentimiento acerbo de la tragedia de la tierra, el medio y su habitante, con la angustia del tiempo y de los recuerdos.

Del año treinta acá se produjeron novelas magníficas, tales como *Pescadores del Magdalena* y *Hombres trasplantados*, de Jaime Buitrago; *Risaralda* de Bernardo Arias Trujillo, una de las cinco mejores novelas colombianas subsiguientes a *La vorágine*, de acuerdo con autorizada y exacta valoración crítica; *Andágueda*, de Jesús Botero Restrepo, otra ronda febril de selva y ríos, esta vez en la región chocoana; *La tierra éramos nosotros*, de Manuel Mejía Vallejo, flor y espuma de verismo nacional. *Tierra mojada*, *Pasión vagabunda*, *La calle 10* y *Detrás del rostro* le han dado a Manuel Zapata Olivella renombre justo ante jurados de concurso y ante tribunales críticos. Arnoldo Palacios, otro escritor negro, avecinado en París hace ya algunos años, escribió *Las estrellas son negras*, la más cumplida novela naturalista colombiana, tanto en la trama como en la impasibilidad cruda y desgredada del estilo para una manipulación del elemento sórdido y roñoso, acre y ruín de la vida en sus bajos. A esta parentela novelística pertenecen, por color, olor y sabor, *Cómo se hace ingeniero un negro*, de Manuel Baena; *Barrancabermeja*, de Rafael Jaramillo Arango y *Aceite de piedra*, de Gonzalo Canal Ramírez.

Como retornos al regionalismo y el descriptivismo ancestrales hay que mencionar *La hija de la montaña*, de Ernesto Gómez; *Minas, mulas y mujeres*, de Bernardo Toro; *Lejos del nido*, de Juan José Botero; *Una mujer de 4 en conducta*, de Jaime Sanín Echeverry.

La novela de ambiente rural, cuya nómina incluiría más de una veintena de títulos y casi todas las latitudes del país, tiene en *Tipacoque*, de Eduardo Caballero Calderón, la más honda y humana representación; "aporte novedoso al dibujo de nuestro mapa literario" la valoró Curcio. Con mayor énfasis en la politiquería gamonal, característica sociológica hispanoamericana, campea igualmente este ilustre colombiano en su novela *El Cristo de espaldas*.

* * *

No podría cerrarse este raudo merodeo sin hacerles cuadro de honor a las novelistas colombianas. Para ello nos valemos de un espléndido ensayo de la doctora javeriana Lucía Luque Valderrama, *La novela femenina en Colombia* cuya investigación cubre el siglo pasado y el medio ya corrido del presente: once aparecen del primero, y veinte en lo segundo, con un total de setenta y seis títulos: 47 de las primeras y 29 de las segundas.

El quehacer novelístico femenino del siglo XIX se inició y desarrolló dentro del post-romanticismo con una abundosa escala de matices: histórico, romántico, sentimental, psicológico, costumbrista, docente, rural, urbano. El siglo XX aportó el neo-romanticismo, acentuó el realismo y estrenó el existencialismo. Cuanto a la temática, acreció la gama con la nota

policiaca y —naturalmente— con todo el refinado complejo y sutil escarmeno, positivo y negativo, de nuestra particular *hora 25* y demás pieles y pestes.

Ya vimos como en el correspondiente sitio Curcio Altamar registró la obra de Soledad Acosta de Samper, de Josefa Acevedo de Gómez, de Herminia Gómez de Abadía y otras más; faltó apuntar que la de doña Soledad la integran quince títulos: once publicadas, una escrita en francés y tres inéditas, y que sus modelos e influencias más notorias pueden señalarse en Walter Scott, Zorrilla, Alarcón, Fernán Caballero, Víctor Hugo y Mme. Staël.

Las novelistas del siglo XX integran una nómina que gloriaría a un país fundamentalmente afamado de “Atenas suramericana”, un país donde la inteligencia y su labor hacen de patria, con las entrañas y con la mentalidad, cuando no son capitidiminuidas por la privanza politiquera, por la artimaña banderiza y cortesana. Esa nómina la encabezarían:

Uva Jaramillo Gaitán, periodista de coturno en los diarios del occidente colombiano, cuentista premiada en aguerridos certámenes y novelista de alto vuelo: trágico sentimental en *Corazón herido*; costumbrista regional en *Infierno en el alma*; discípula de Carrasquilla el montañés genial. Hace unos treinta años, ya en edad provecta se convirtió en Sor María de Bethania y se fue a un convento de Bruselas.

María Cárdenas Roa, en las letras colombianas Luz Stella, tolimense, es decir cálida, vibradora, en sus cantos y en sus páginas; vencedora en juegos florales con poemas y novelas, *Los celos del río*, a la cual ya habían precedido *La llamarada*, *Sin el calor del nido* y *Pétalo*, flor y fruto de un depurado nacionalismo.

Haseneth Londoño, bogotana, autora de *La cacica Esmeralda*; Enriqueta Angulo, antioqueña, costumbrista y sicóloga en *Valor moral*; Isabel Posada, cundinamarquesa, sentimental y costumbrista en *Entre sollozos*; Isabel Pinzón Castilla, la inquietante Isabel de Monserrate, su seudónimo para *Hados*, espejo de sueños y naufragios; Agripina de Norris, caldense, institutora y periodista, ganadora de premios literarios con *La taberna. Navidad*, *El valle del tesoro* y otras de no menos excelente calidad en ficción y narración.

Cleonice de Nannetti afamó la firma de Ecco Nelly; payanesa; es autora de dos tomos de cuentos y de la novela corta *El tío Gaspar*. Manuelita Mallarino Isaacs es —sus apellidos lo anticipan— todo un talento escritor en su novela sicológica y sentimental, *Las memorias de Marcela*, publicada en París (1934). Natalia Ocampo de Sánchez, caldense, produjo una magnífica novela costumbrista histórico-social con *Una mujer*, en estilo que muestra pericia y brillantez.

Amira de la Rosa es gloria espiritual de la patria, colombiana irradiante en los círculos madrileños. Su obra abarca desde el bruñido oro lírico de *Las tres carabelas*, que le hizo decir a Gabriela Mistral: “criatura lujosa en el alma lograda, pieza del mayor precio entre las que hemos llevado a los escaparates barrocos de este mundo” y desde el noble primor

de su prosa en la crónica, el cuento, la crítica, hasta el vivo bronce carne de su teatro y sus novelas, por ejemplo *Madre borrada* y *Marsolaire*, respectivamente; la segunda, reciamente pasional, anecdóticamente trágica.

Marzia de Lusignan, seudónimo de Juanita Lafaurie, samaria; talentosa y rebelde, meditativa y penetrante, vigorosa y tierna, autora de *Viento de otoño*, elogiada por igual de críticos y académicos. María Restrepo de Thiede, fértil, imaginativa, de vasta cultura, y sutil observadora, virtudes todas puestas de cuerpo entero en excelentes novelas, *A través del velo* y *Cadenas y silencios*. Magda Moreno, medellinense, fue una genuina prolongación del magistral creador de *Salve Regina*, en su única novela publicada, *El embrujo* y en otra que dejó inédita. Emilia Pardo Umaña, la inolvidable columnista de "El Espectador"; turbulenta, conflictiva, para ingredientes de su afirmativa prosa; tiene el mérito de haber puesto la talla para el juego de lo policíaco, con *Un muerto en la legación*, en realidad más sátira que estética. Fabiola Aguirre de Jaramillo, manizaleña, jurista de altas disciplinas; su novela *Dimensión de la angustia*, fundamenta en tema, sustancia y estilo, un ajustado mérito.

El galardón otorgado a Elisa Mújica en el Premio Esso (1962) tenía ya como cimiento y antena su novela *Los dos tiempos*, (1949). Con *Catalina* consolidó su conquista de tierra firme entre lo más sustantivo de nuestros valores literarios femeninos. Su caso es el de un ejemplar equilibrio entre sensibilidad y análisis, pulcritud formal y destreza de interpretación, volumen y expresión humanos. En la integridad del concepto, *Catalina* es una novela ejemplar no superada aún entre sus congéneres.

Elisa Mújica y Olga Salcedo de Medina darían para mucho más que este vistazo sobre la respectiva personalidad y su recia labor en la cultura de las letras político sociales. Pero donde la muy interesante barranquillera culmina como dueña del oficio y su estilo, es en la novela *Se han cerrado los caminos*, vivisección y biopsia de toda una situación y condición social planteadas y afrontadas en audaces teoremas que la autora desarrolla y define con madurez crítica, eficiente y responsable. En dos gotas esenciales puede apreciarse el reactivo destilado en el apasionante laboratorio novelístico de Olga Salcedo de Medina; gotas que entrañan normas de virtuosa labor, al decir: "La vida sobrepasa a toda ficción. No hay por qué ni para qué retorcerse y exprimirse los sesos dándose a imaginar, a inventar cosas: vasta y sobra con desprenderle, suave o arrebatadamente, sus mil y una máscaras a la humanidad".